

UN HOMBRE CUYA VIDA FUE BENDECIDA

(2° REYES 5.1–17)

DAVID ROPER

La Biblia es un espejo de la vida. Cuando estudiamos las pintorescas personalidades que andan por sus páginas, es inevitable que veamos reflejadas en estas a las personas que nos rodean, y que incluso nos veamos a nosotros mismos. En la historia de Naamán, vemos reflexiones conocidas de lo que sucedió cuando Naamán se enfermó, cuando buscó la cura y cuando la «receta» de Dios no le pareció. Espero que también las veamos cuando Naamán se tranquilizó y por ello aceptó el remedio.

EL DIAGNÓSTICO (5.1)

«... pero leproso»

La historia comienza con una descripción de Naamán. Era «general del ejército del rey de Siria» (vers.º 1a). Podríamos imaginarlo como «un general de cuatro estrellas». Era «varón grande delante de su señor» (vers.º 1b). La Berkeley Version lo llama «un importante oficial». También era tenido «en alta estima» (vers.º 1c). Como veremos más adelante, era respetado, y quizás amado, por sus subordinados. «... por medio de él había dado Jehová salvación a Siria» (vers.º 1d). Dios había actuado por medio de él, a pesar de que era incrédulo. También era «hombre valeroso en extremo» (vers.º 1e). No era comandante que diera órdenes lejos del campo de batalla. Había probado su valentía para el combate.

Puede que nos sintamos tentados a envidiar a Naamán, hasta que llegamos a la pequeña palabra «pero». ¡Qué fácilmente cambiamos nuestra percepción de los demás al llegar a esa pequeña conjunción adversativa!

- «Es un “buen hombre”, *pero* tiene mal genio».
- «Es una “buena mujer”, *pero* no tiene

dominio de su lengua».

- «Tiene maravillosos talentos y podría ser un gran siervo del Señor, *pero* rehúsa renunciar al mundo».
- «Es un “gran predicador”, *pero* no vive lo que predica».

Note usted cómo termina la descripción que se hace de Naamán: «... pero leproso» (vers.º 1f). Es como si un artista hubiera pintado un hermoso retrato y luego hubiera hundido el pincel en pintura negra y lo hubiera lanzado sobre el cuadro, destruyendo su belleza.

La lepra era una de las más temidas enfermedades del mundo antiguo. En Israel, los leprosos gritaban, diciendo: «¡Inmundo! ¡Inmundo!» (Levítico 13.45b), y la gente corría a apartarse del camino de ellos. Cuando la lepra aparecía por primera vez, parecía una peca en la piel, pero con el tiempo toda la carne perdía el color. Se formaban nódulos en las extremidades. En etapas avanzadas, las áreas afectadas se desprendían, articulación tras articulación. No era raro ver a un leproso sin dedos, sin orejas e incluso sin nariz.

Cuantos elogios se amontaran sobre Naamán, una realidad permanecía inalterable: Era leproso. En lugar de envidiarlo, el más humilde esclavo de Siria, habría rehusado cambiar lugares con él.

«... pero pecador»

¿Podemos esto a nosotros hoy? Desde los primeros días de la iglesia, la lepra se ha considerado una metáfora del pecado. Warren Wiersbe escribió:

Aunque no hay aseveración escrituraria directa que declare que la lepra es una representación del pecado, cuando uno lee Levítico 13, puede ver claramente los paralelos. Al igual

que la lepra, el pecado es más profundo que la piel (vers.º 3), se extiende (vers.º 7), contamina (vers.º 45), aísla (vers.º 46) y solo sirve para ser quemado (vers.ºs 52, 57).¹

Otros han hecho notar las semejanzas. Los siguientes comentarios fueron adaptados de F. W. Krummacher:

Es difícil encontrar un símbolo del pecado más notable y más significativo. Su incurabilidad por medios corrientes sirve para indicar nuestra incapacidad para salvarnos a nosotros mismos. Su contagiosidad constituye una muestra de la mala influencia que un pecador ejerce en otro. El desagrado que provoca nos recuerda cuán abominable es todo pecado ante los ojos de Dios. El que era afectado por la plaga de la lepra era excluido del campamento y separado del pueblo de Israel.²

El profeta Isaías debió de estar pensando en la lepra cuando escribió acerca de la pecaminosidad de Israel: «Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga» (Isaías 1.6).

Por supuesto que hay diferencias entre la lepra y el pecado. La lepra afectaba solo un porcentaje de la población, mientras que el pecado infecta a todos los que son responsables de sus actos (Romanos 3.23). Como ya se dijo, cuando uno tenía lepra, esta pronto era visible al que la padecía y a los demás, mientras que hoy hay muchos que no están conscientes de que son pecadores que tienen necesidad de la gracia de Dios.

Si usted todavía no ha buscado refugio en la misericordia de Dios, considere su estado espiritual. Pablo describió su vida antes de Cristo, con estas palabras: «Y yo sé que en mí [...] no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago» (Romanos 7.18–19). ¿Puede usted verse retratado en las palabras de Pablo? ¿Falla usted al hacer el bien que desea hacer? ¿Le apenan algunas de las cosas que ha hecho? La Biblia llama a estas cosas «pecado», y la Biblia declara que el pecado puede condenar el alma (Romanos 6.23).

Naamán tenía muchas buenas cualidades, pero estas venían a ser poca cosa a la luz de una trágica realidad: «... pero leproso». Puede que usted sea un hombre... o una mujer... o un adolescente...

¹ Warren W. Wiersbe, *Be Distinct (Sea diferente)* (Colorado Springs, Colo.: Victor, 2002), 37.

² F. W. Krummacher, *Elisha, a Prophet for Our Times (Eliseo, profeta para nuestros tiempos)* (Grand Rapids, Mich.: Kregel Publications, 1993), 147.

con muchos admirables atributos; pero, en relación con su destino eterno, todos estos rasgos positivos son contrarrestados por una realidad que no se puede ignorar: «pero pecador». Si Naamán hubiera estado inconsciente de su condición, él jamás hubiera hecho el viaje para hallar al profeta. Del mismo modo, no es sino hasta que usted esté dispuesto a reconocer que es pecador —perdido e incapaz de salvarse a sí mismo— usted jamás se volverá al Señor para la salvación.

LA «RECETA» (5.2–12)

Recomendación

En el versículo 2 se nos presenta una pequeña doncella hebrea: «Y de Siria habían salido bandas armadas, y habían llevado cautiva de la tierra de Israel a una muchacha» (vers.º 2a). Jamás descarte el poder y la influencia de un niño o niña. Más de un padre ha sido conmovido por el ruego de su hijo o hija, cuando le dijo: «¡Mami, por favor vayamos a la iglesia!»; o cuando le dijo: «¡Papi, deja de fumar!».

Esta pequeña muchacha judía «servía a la mujer de Naamán» (vers.º 2b). Tenía todas las razones para estar triste y descontenta, para aborrecer a su señor, y tal vez para incluso perder su fe. No se había dejado llevar por nada de lo anterior. En lugar de desear venganza, su corazón se había compadecido de Naamán (vea Romanos 12.19–21). Un día, dijo a su ama: «Si rogase mi señor al profeta que está en Samaria, él lo sanaría de su lepra» (2º Reyes 5.3). El «profeta que está en Samaria» era Eliseo. La fe de la doncella había permanecido intacta, ¡y ella deseaba que Naamán entendiera que había esperanza!

Si usted todavía no se ha vuelto a Dios, es importante que entienda que usted está perdido; pero también es importante que usted sepa que hay *esperanza*. ¡La purificación *está* disponible (vea Juan 15.3; Efesios 5.26) por medio de Jesús! (Apocalipsis 1.5; vea 1ª Juan 1.7.) Pablo escribió:

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo [...] en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia (1.3–7).

Tal vez usted oyó por primera vez esta verdad de un niño, o tal vez de un amigo o vecino, o puede ser que esta sea la primera vez que la está oyendo. ¡Cuál sea el medio, créala!

¿Qué podrá mi pecado lavar?
Solo de Jesús la sangre,
¡y sanarme otra vez?

Solo de Jesús la sangre.³

Cuando uno viene al Señor con obediencia acompañada de amor y confianza (vea Gálatas 3.26–27), ¡sus pecados serán «lavados» en esa preciosa sangre (Hechos 22.16; vea Marcos 16.16; Hechos 2.38)!

A Naamán le refirieron las palabras de la pequeña criada; y él a la vez, se las repitió al rey (2º Reyes 5.4). El hecho de que las palabras de una joven sierva fueran tomadas en serio dice mucho acerca del carácter de ella. Puede que hubiera sido separada de su familia y de su pueblo, pero todavía se comportaba como hija de Dios. ¡Había retenido su integridad!

Respuesta

Rápidamente se hicieron preparativos. Naamán partió pronto con cartas para el rey de Israel, y llevaba además cientos de kilos de metales preciosos, además de vestidos de las más finas tiendas de Damasco (vers.º 5).

Cuando observamos a Naamán dar inicio a su viaje, vienen a mi mente los errores corrientes que comete la gente en relación con su salvación. El error fundamental que estaba cometiendo Naamán consistía en que *estaba haciendo la voluntad de Dios por métodos humanos*. Por ejemplo, él creyó que podía comprar su curación. Muchos creen que ellos pueden «comprar» o «ganar» su salvación por buenas obras, pero no hay nadie que algún día pueda ser lo suficientemente bueno, o hacer lo suficiente, para merecer su salvación (vea Efesios 2.8–9; Apocalipsis 22.17). Además, Naamán emprendió la búsqueda de la persona que no debía: buscó al rey en lugar de buscar al profeta (vea 2º Reyes 5.6). Asimismo, muchos acuden a autoridades religiosas que no deben: acuden a las erróneas tradiciones de los hombres en lugar de acudir a la infalible Palabra de Dios (vea Mateo 15.1–9).

Cuando Naamán y su séquito llegaron a Samaria, las cartas del rey de Siria fueron entregadas al rey de Israel. Este era el mensaje: «Cuando lleguen a ti estas cartas, sabe por ellas que yo envío a ti mi siervo Naamán, para que lo sanes de la lepra» (2º Reyes 5.6). «Luego que el rey de Israel leyó las cartas, rasgó sus vestidos, y dijo: ¿Soy yo Dios, que mate y dé vida, para que éste envíe a mí a que sane un hombre de su lepra?» (vers.º 7a). Lo

único que el rey pudo ver fue el motivo oculto; él creyó que el rey de Siria estaba buscando una excusa para la guerra: «Considerad ahora, y ved cómo busca ocasión contra mí» (vers.º 7b).

He aquí lo que *debió* haber sucedido: El rey debió haber reído, y haber dicho: «Gracias por el cumplido, pero yo no soy el que le puede ayudar. Usted necesita ir al profeta Eliseo, que vive en una casa pequeña en los límites de la ciudad». Tal posibilidad, evidentemente, no se le ocurrió al rey. Fue una pequeña esclava hebrea la que pensó en el profeta de Dios; no así el rey del pueblo de Dios.

Remedio

Las nuevas de la angustia del rey llegaron hasta Eliseo, y el profeta hizo que le enviaran a Naamán (vers.º 8). «Y vino Naamán con sus caballos y con su carro, y se paró a las puertas de la casa de Eliseo» (vers.º 9). ¿Puede usted oír el golpeteo de los cascos de los caballos, el traqueteo de los carros, el rechinar del cuero y el murmullo de voces, cuando el séquito llegó a la humilde morada del profeta? ¿Puede usted ver a Naamán sentado orgulosamente en su carro, luciendo su reluciente vestido, su majestuoso traje y su armadura de metal y cuero acompañada de casco, a la espera de que el profeta reconozca su prestigiosa presencia?

Eliseo no salió de su casa. Tal vez Naamán hizo que sonaran una trompeta para anunciar su llegada. Y después de esto, todavía nada. Al final, se abrió la puerta y salió un hombre, obviamente un criado (vers.º 10a). Me lo imagino con una barba descuidada, vestido con una túnica llena de parches. El mensajero dijo a Naamán: «Vé y lávate siete veces en el Jordán, y tu carne se te restaurará, y serás limpio» (vers.º 10b).

¿Por qué no salió Eliseo? Puede ser que estuviera ocupado en otros asuntos, pero creo que lo hizo por su deseo de sanar a Naamán del orgullo, que era igual a su deseo de sanarlo de la lepra. El primero de la lista de cosas que Dios aborrece, es el orgullo (Proverbios 6.16–19).

Reacción

¿Se regocijó Naamán cuando oyó las sencillas instrucciones? No, se regocijó; antes, el texto dice que «se fue enojado» (2º Reyes 5.11a). En otras versiones se lee que se puso furioso. En la CEV se lee que «salió echando pestes y quejándose». Cuando yo era un niño, en Oklahoma, habríamos dicho que a Naamán «le dio un ataque de rabia»; tal vez usted tenga un término que describa su reacción. Naamán estaba a punto de olvidarse de todo el asunto y marcharse a casa (vers.º 11b). Había

³ Robert Lowry, “Nothing but the Blood” («Solo de Jesús la sangre»), *Songs of Faith and Praise (Cánticos de fe y de alabanza)*, comp. y ed. Alton H. Howard (West Monroe, La.: Howard Publishing Co., 1994). N. del T.: Este cántico ya ha sido traducido para ser cantado en español.

salido de Siria con su carne en proceso de podrirse, e iba a volver en la misma condición. ¡Qué trágico!

Naamán dijo: «He aquí yo decía para mí: Saldrá él luego, y estando en pie invocará el nombre de Jehová su Dios, y alzaré su mano y tocará el lugar, y sanará la lepra» (vers.º 11c). Había previsto en sus pensamientos exactamente lo que Eliseo haría: El profeta mascullaría algún conjuro y haría misteriosos movimientos con sus manos, al igual que los falsos profetas de Siria. Naamán todavía estaba resuelto a «hacer la voluntad de Dios por métodos humanos».

La expresión «He aquí yo decía para mí» puede meter en problemas a una persona. Cuando yo era niño, compré unos petardos. Uno de ellos era un cohete que tenía una hélice en uno de los extremos. «He aquí yo decía para mí» que la hélice empezará a girar y hará que el artefacto vaya *hacia adelante*. Yo estaba haciendo explotar los cohetes en el patio de atrás de mi casa, que estaba lleno de árboles que solo dejaban un reducido claro en medio de ellos. Puse el cohete con la hélice debajo de un árbol, apuntando hacia el claro, y encendí la mecha. En lugar de ir hacia adelante, el cohete fue *directo hacia arriba*, se estrelló contra una rama del árbol, rebotó hacia abajo, se estrelló en el suelo, y luego pasó zumbando entre mis piernas, donde explotó. Haber «dicho para mí» resultó en dos hoyos en mis pantalones y en cicatrices de quemadura que todavía tengo hasta la fecha.

Los orientadores llaman a los pensamientos de Naamán «conversaciones consigo mismo»: lo que una persona se dice a sí misma. Si sus «conversaciones consigo mismo» se alimentan de información errónea e incorrecta, puede causar grandes daños. He hablado con personas desdichadas que en efecto dijeron: «He aquí yo decía para mí, que cuando me casara, sería [de esta o aquella manera]». He dado orientación a otras personas nada felices, que dijeron algo parecido a esto: «He aquí yo decía para mí, que cuando consiguiera este empleo... o tuviera este bebé... o comenzara a predicar... todo sería diferente». La tragedia más grande, no obstante, ocurre cuando las personas se ponen a «conversar consigo mismas» en cuanto a *lo religioso*: «Sí, yo sé que la Biblia dice [esto o aquello], pero *he aquí yo digo para mí* que me quedaré con lo que mis padres o mi predicador me enseñaron». Donald Barnhouse dijo que «Todo el mundo tiene el privilegio de ir al cielo según los métodos de Dios, o ir al infierno según sus propios métodos».⁴

⁴ Citado en Wiersbe, 38.

Naamán siguió vociferando: «Abana y Farfar, ríos de Damasco, ¿no son mejores que todas las aguas de Israel? Si me lavare en ellos, ¿no seré también limpio?» (vers.º 12a). Los que han visto los ríos de esa parte del mundo concuerdan con que «los dorados ríos»⁵ de Damasco son preferibles al lodoso Jordán. Naamán trató de convertir la ocasión en un concurso de ríos, en lugar de una prueba para ver si podía tragarse su orgullo y hacer lo que el profeta decía.

Este error cometido por Naamán ha sido repetido en círculos religiosos a través de los años: «Ciertamente es mejor “bautizar” a un bebé que correr el riesgo de que esa persona rechace al Señor cuando sea mayor»; «Ciertamente es mejor usar unas gotas de agua para “bautizar” a las personas, que mojarlas en su totalidad al sumergirlas». Mi respuesta a Naamán y a todos lo que repiten este error, es sencilla: ¡Nada es «mejor» que hacer lo que Dios ha mandado, exactamente de la forma como Él dijo que se hiciera! (Mateo 7.21; Lucas 6.46; vea Isaías 55.8–9).

«Y [Naamán] se volvió, y se fue enojado» (vers.º 12b). Es probable que se sintiera insultado por el hecho de que Eliseo no saliera de la casa, ni reconociera su importancia. Es probable que se sintiera rebajado por la insinuación en el sentido de que zambullera su ilustre persona en agua sucia. Había ido al «doctor», pero no le había gustado la «receta», así que se enojó. No obstante, su enojo no cambió la realidad; todavía sufría una «muerte en vida».⁶ Puede que me enoje cuando me pese en la balanza de mi baño, pero esto no hará que mi problema de sobrepeso desaparezca. Enojarse con un barómetro no detendrá la tormenta. Más significativo aun es que enojarse con un predicador del evangelio no cambiará el hecho de que usted es un pecador que necesita confiar en Jesús y entregar a Él su vida.

LA CURA (5.13–17)

¡Limpio por el poder de Dios!

El peregrinaje de Naamán iba rumbo al fracaso, cuando «sus criados se le acercaron y le hablaron diciendo: Padre mío, si el profeta te mandara alguna

⁵ Henry Blunt, *Lectures on the History of Elisha (Conferencias sobre la historia de Eliseo)* (Philadelphia: Herman Hooker, 1839), 93; J. Robert Vannoy, notas sobre 2 Kings (2º Reyes), *The NIV Study Bible (La Biblia de estudio NIV)*, ed. Kenneth Barker (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1985), 532.

⁶ Esta frase proviene de Charles Swindoll, “Naaman and Gehazi: Characters in Contrast” («Naamán y Giezi: contraste de personalidades»), sermón radial, s. f.

gran cosa, ¿no la harías? ¿Cuánto más, diciéndote: Lávate, y serás limpio?» (vers.º 13b). El hecho de que sus siervos le hablaran, nos dice algo acerca de ellos: Les preocupaba su señor. También dice mucho acerca de su relación con Naamán y acerca del mismo Naamán. Muchos señores habrían resentido esta «intromisión» y podría incluso haber castigado a los que tuvieron la «audacia» de hablarles de tal manera. No obstante, estos siervos sintieron que podían hablar sin temor a Naamán, y este estuvo dispuesto a escuchar.

Esto es lo que en efecto dijeron: «¿Qué tal si el profeta te hubiera pedido que entraras en combate mano a mano con tu adversario más fuerte, o que pelearas con las bestias? ¿Qué tal si te hubiera pedido que erigieras un monumento de oro a su Dios? ¿No estarías dispuesto a hacer *cualquier cosa* para deshacerte de esta maldición? Entonces, ¿por qué no hacer esto tan sencillo que te ha pedido que hagas?».

Para mí ha sido un misterio por qué algunos parecen estar dispuestos a hacer cualquier cosa, y todas las cosas, con el fin de liberarse de la culpa del pecado, esto es, cualquier cosa y todas las cosas, excepto obedecer los sencillos mandamientos del Señor.

Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo (Hechos 2.38).

Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre (Hechos 22.16).

... pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos (Gálatas 3.26-27).

Si Dios le pidiera a usted hacer «alguna gran cosa», ¿no la haría? «¿Cuánto más, diciéndote [Él]: Lávate, y serás limpio?».

Las palabras de los siervos convencieron a Naamán de que sería insensato volver a casa sin probar el remedio de Eliseo. Fue así como él «descendió» al Jordán (2º Reyes 5.14a). ¿Se lo imagina usted a la orilla del río, cuando se quitaba sus vestidos y entraba en el agua? Se zambulló bajo el agua, luego se incorporó. Miró la carne de sus brazos y de su pecho, pero su piel seguía desfigurada por la lepra. Tal vez, cuando la decepción se asomó en su rostro, uno de los criados gritó desde la orilla, diciendo: «¡Esa es solo una vez! El profeta dijo *siete* veces».

El texto da a entender que cuando Naamán se

zambullera una vez, él no alcanzaría una séptima parte de la limpieza total; y cuando se zambullera dos veces, tampoco alcanzaría dos séptimas partes de la limpieza total. Antes, las siete zambullidas en su totalidad iban a ser necesarias para que se alcanzara alguna limpieza. Krummacher insinuó que «se zambulló una vez, pero sin resultados; una segunda vez, y la lepra no había desaparecido; y lo hizo una y otra vez, y el resultado fue el mismo».⁷ G. Rawlinson escribió: «Repetir seis veces un acto formal sin percibir resultado alguno, y a pesar de esto perseverar y repetirlo una séptima vez, requiere un grado de fe y confianza que los hombres a menudo no poseen».⁸

Me imagino a los siervos de pie en la orilla, contando: «Una... dos... tres...». Al final, Naamán se sumergió la séptima vez. El texto dice que él se «zambulló siete veces en el Jordán, conforme a la palabra del varón de Dios» (vers.º 14b). Cuando se hundió bajo el agua esa séptima vez, ¿sintió algún hormigueo en la carne? ¿Sintió una oleada de vida fluyendo por sus venas? ¿Sintió que se le infundía un vigor renovado?⁹ Yo no lo sé, pero el texto dice que cuando salió del agua, «su carne se volvió¹⁰ como la carne de un niño, y quedó limpio» (vers.º 14c). La próxima vez que usted vea un bebé, observe su suave, tierna y perfecta piel. ¡Así era la carne de Naamán! Un autor describió al «nuevo Naamán» de este modo:

... su semblante resplandecía, sus ojos brillaban con la viveza, el vigor y la alegría de la juventud; su cubierta escamosa había quedado bajo el caudal de agua, y su carne deteriorada estaba nuevamente restaurada, ¡nueva y saludable como la de un pequeño niño, y pura desde la coronilla de la cabeza hasta la planta del pie!¹¹

Naamán volvió sobre sus pasos hasta el profeta, e hizo esta conmovedora confesión: «He aquí ahora conozco que no hay Dios en toda la tierra, sino en Israel» (vers.º 15b). Naamán entendió que no había sido el agua lo que le había limpiado. Si en las aguas del Jordán hubiera habido poder para curar

⁷ Krummacher, 149. Vea Elaine J. Fletcher, *Elisha, the Miracle Prophet (Eliseo, el profeta milagroso)* (Washington, DC: Review and Herald Publishing Association, 1960), 48.

⁸ G. Rawlinson, "2 Kings" («2º Reyes»), *The Pulpit Commentary (El comentario del púlpito)*, vol. 5, 1 & 2 Kings (1º y 2º Reyes), ed. H. D. M. Spence y Joseph S. Exell (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1950), 94.

⁹ Esta frase y la anterior fueron insinuadas por la redacción que se encuentra en Krummacher, 150.

¹⁰ Si Naamán había perdido algunas extremidades por causa de la lepra, la palabra que se usa aquí da a entender que ellas también se restablecieron.

¹¹ Krummacher, 150.

la lepra, habría tenido que abrirse paso en el camino al río entre las multitudes de leprosos de todo el mundo. Antes, él entendió que había sido sanado por *Dios*, el verdadero Dios, el Dios de los israelitas, y se comprometió a adorarlo y a servirle a él únicamente (vers.º 17b).

Salvado por la gracia de Dios

Una vez más podemos trazar paralelos en cuanto a nuestra propia respuesta al Señor. El Señor dice al pecador maldecido por la «lepra» del pecado, que crea (Juan 3.16; Efesios 2.8), que se arrepienta (Lucas 13.3; Hechos 17.30), que confiese su fe en Jesús (Mateo 10.32; Romanos 10.9–10) y que se bautice (sea sumergido) en agua (Marcos 16.16; Hechos 2.38). En respuesta a esto, el pecador cree. ¿Ha alcanzado una cuarta parte de la limpieza? No es así, el Señor dice que se arrepienta, confiese y se bautice. Él luego se arrepiente. ¿Ha alcanzado la mitad de la limpieza? No es así, el Señor también dijo que confiese y sea bautizado. Él confiesa que cree que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente. ¿Ha alcanzado tres cuartas partes de la limpieza? No es así, el Señor también mandó el bautismo. No obstante, cuando el pecador, lleno de fe en su corazón, entra en la sepultura de agua que es el bautismo, y luego sale de ella (vea Romanos 6.3–4), ¡su alma es lavada y queda tan pura como el alma de un niño de corta edad! (Hechos 22.16; vea Mateo 18.3). ¡Tiene una nueva vida en Jesús (Romanos 6.4); es una nueva criatura! (2º Corintios 5.17).

¿Significa lo anterior que hay poder en el agua del bautismo? No lo hay, como tampoco lo hubo en el río Jordán. Dios purifica. Solo Él tiene el poder; solo Él tiene la autoridad. Sin embargo, no fue sino *hasta que* Naamán hizo lo que Eliseo el siervo de Dios le dijo, y exactamente como se lo dijo, que Este lo limpió. Del mismo modo, Dios ha prometido limpiarlo a usted de la culpa de su pecado, pero esto no ocurrirá sino *hasta que* haga lo que Él le ha pedido, y lo haga exactamente como Él ordena

en Su Palabra.

CONCLUSIÓN

Es maravilloso contemplar cómo actuó Dios paso a paso para curar a Naamán de su lepra y, más importante, para hacer de él un creyente. No obstante, Naamán pudo haber frustrado Su plan en todo momento. Piense en todo lo que ha ocurrido en su vida para llevarlo a usted al momento de la decisión. ¿Puede usted percibir la mano del Señor; puede usted percibir Su interés? Dios desea curarlo de su lepra de pecado (vea 2º Pedro 3.9); pero así como Naamán podía haber frustrado el plan del Señor para Él, también puede frustrarlo usted. Dwight L. Moody escribió que Naamán «[primero] perdió los estribos; después perdió su orgullo; luego perdió su lepra; este es el orden en que por lo general son convertidos los pecadores rebeldes y orgullosos». ¹² Si a usted lo está deteniendo el orgullo, despréndase de este hoy. Sigue siendo cierto aquello de que «cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será enaltecido» (Lucas 14.11). ¡Venga usted al Señor hoy, con obediencia acompañada de humildad y confianza!

NOTAS PARA MAESTROS Y PREDICADORES

Esta lección se basa en notas que hice de fuentes olvidadas. Mis disculpas por cualquier instancia en que no reconozca a quien se debe reconocer.

Un título alternativo para esta lección es «... pero leproso». Otro título (y enfoque) que algunos predicadores usan para esta historia es «Los errores de Naamán».

Esta lección se presta para una presentación visual (diagrama en la pizarra, tabla, presentación de retroproyector o presentación de PowerPoint) que compara a Naamán con pecadores extranjeros hoy.

¹² Citado en Wiersbe, 39.

REYES QUE REINARON DURANTE LOS TIEMPOS DE ELISEO

Reyes de Judá	Reyes de Israel	Reyes de Siria
Josafat (873–48 a. C.)	Acab (874–53 a. C.)	Ben-adad I (c. 895–60 a. C.)
Joram (848–41 a. C.)	Ocozías (853–52 a. C.)	Ben-adad II (860–42 a. C.)
Ocozías (841 a. C.)	Joram (852–41 a. C.)	
Atalía (841–35 a. C.)	Jehú (841–14 a. C.)	Hazael (842–798 a. C.)
Joás (835–796 a. C.)	Joacaz (814–798 a. C.)	
	Joás (798–783 a. C.)	

(Las fechas son aproximadas. El Ben-adad de estas lecciones es Ben-adad II.)